

La Gaceta, 19 de abril de 1998

Un adiós a Arturo Ponsati

Por Carlos Páez de la Torre (h)

Estuve entre la mucha gente que, el Viernes Santo, quiso decir adiós a Arturo Ponsati, y que desbordaba de la sala fúnebre hacia la calle. Cuando el furgón con sus restos empezaba a moverse rumbo al cementerio, volví la vista. A través de las lágrimas, creí mejor mirar en dirección a tantos rostros que allí estaban, igualmente desolados, y que me evocaban a Ponsati en tantos momentos de su fulgurante vida.

Todo esto no puede ser sino personal. Fue en el Colegio del Sagrado Corazón donde lo conocí, allá por 1949. Usaba brazaletes de luto por la muerte de su padre. Niños ambos, era de todos modos tres años mayor, y su presencia me parecía imponente. Ahora caigo en cuenta de que ya era la misma de siempre, alto, grueso, pelo bien peinado y anteojos. Ya exhibía entonces, me apresuro a agregar, la misma personalidad vehemente y dispuesta al compromiso, la fantástica capacidad de lectura y reflexión, la furia que le despertaba lo

que sentía injusto o impuesto a la fuerza. Y el lado amistoso y tierno: la risa espontánea, el aire de alarma y preocupación que le cambiaban la cara frente a la desdicha ajena.

Era por entonces un líder de la Acción Católica, dentro del grupo de chicos que revoloteábamos en torno al inolvidable padre Alberto Sarrabayrouse. Solía Ponsati enredarse en discusiones interminables con Sarra, quien lo igualaba en vehemencia, a la vez que disfrutaba azuzando las polémicas de Arturo con los otros.

En 1954 se recibió de bachiller, con la Medalla de Oro. La ceremonia fue en el Teatro San Martín. Siempre me acompaña el pesar de no haber atendido debidamente el discurso que dijo entonces. Como todos los años, esperábamos que el Medalla de Oro se despidiera del Colegio con un texto nostálgico, citando agradecido algunos nombres de profesores. El de Ponsati rompió la costumbre. No tenía nostalgia, ni hablaba de “los viejos muros”. Era un discurso-programa, un proyecto de acción. El peronismo exhausto estaba a punto de concluir su ciclo, y Ponsati tenía muy claro el papel de la juventud en lo que se venía. Allí proclamó, sin pelos en la lengua, lo que pensaba y pensó siempre. Que había un mundo cuyos cambios eran incalculables, y que en la doctrina social católica estaba la gran posibilidad de modificar, en la Argentina, un orden cuya injusticia era evidente. Así de simple. Es conocido que ya estaba metido hasta el cuello en los prolegómenos de la fundación de ese Partido Demócrata Cristiano que llenaría con su presencia durante más de cuatro décadas.

Después, vinieron los tiempos de la Facultad de Derecho. Al frente de un equipo de muchachos inteligentes, llenos de ideales, fundó y condujo la Liga Humanista. En Ponsati conocí por primera vez lo que era un líder estudiantil universitario: lo vi prodigarse en discursos de barricada, en feroces batallas internas, en la energía inagotable para elaborar panfletos y pegar carteles, para lanzar fugaces revistas, para escribir artículos. A todo lo hacía con el mismo entusiasmo contagioso y atropellador.

Lo asombroso es que esa actividad, que llenaría sobradamente el tiempo de cualquier persona común, distaba de colmar el de Ponsati. El tenía margen para ser, simultáneamente, un efficacísimo empleado de la Justicia Federal y un estudiante de Derecho que aprobaba todas las materias con las notas más altas. Eso además de leer de todo, desde los grandes libros (basta mentar a Toynbee: sobran los dedos de la mano para contar quienes igualaran en el país su conocimiento del maestro) hasta novelas y poesía.

Todo le interesaba y de todo tenía una opinión que fundaba apasionadamente. ¡Qué gusto y capacidad para la polémica, qué incansable para embestir sobre los argumentos ajenos y convocar a los grandes autores en apoyo de los propios! La política universitaria y la otra política -que al fin eran una y la misma- lo habían atrapado completamente, cuando promediaban los años cincuenta.

Hay un párrafo de Juan B. Terán sobre el político de provincia que se le aplica perfecta-

mente: “buscó sin remisión y sin dobleces, como el aire propicio y la luz amiga, la contradicción del debate, la tribuna libre del comité, la responsabilidad de las horas decisivas la emoción de las muchedumbres congregadas, la atracción azarosa de la lucha y sus accidentadas peripecias”. En ese ambiente quería respirar. Pero tengo para mí que la política, si dio a su espíritu el alimento que anhelaba (lo que no implicó necesariamente satisfacciones) no podía sino apartarlo, era inevitable, de otras tareas igualmente queridas. Ponsati era un gran ensayista, capaz de reflexionar con potente originalidad sobre lo muchísimo que sabía, y por cierto que lo demostró, tanto en sus libros como en el resto de su torrencial producción: pero siempre me pareció que le faltaba tiempo para mucho más que quería escribir. Hasta le hubiera gustado acometer una novela, como me confió en una de esas raras ocasiones en que aceptaba hablar, por un momento, de sí mismo.

Cuando concluyó la Facultad; seguimos viéndonos. Me recibí unos años después de Ponsati, quien tuvo su diploma en 1960. Pero en 1962 había empezado yo con el periodismo y, consecuentemente, con el hábito de las interminables trasnochadas de La Cosechera. Arturo se sentaba en la mesa de los periodistas suponiendo que tenían “la última” en política. En realidad, a “la última” la tenía siempre él. Ni bien se aseguraba de eso, empezaban las interpretaciones, los vaticinios. Y, por supuesto, la discusión, que jamás rehuía y más bien buscaba con fervor. Después, solíamos caminar hasta su casa, entonces a poco más de una cuadra del café. Y en la puerta seguíamos conversando, de lo mismo o de cualquier otra cosa.

Ya era la época en que su dimensión de político había crecido enormemente: era, además, un respetado y escrupuloso profesor, y empezaban a aparecer sus libros. Ejercía empeñosamente la profesión. Lo hizo toda la vida, salvo los últimos años, en que sucesivas funciones públicas -legislador, miembro del gabinete, magistrado- lo pusieron en incompatibilidad. Era un excelente y criterioso abogado con todas las condiciones: sabía Derecho y tenía una inspirada destreza para litigar. Abogado con coraje, y uno de los pocos capaces de defender esas causas que, en ciertos tiempos, ponían en peligro la vida del defensor.

Cuando terminaron los años de La Cosechera, no por eso dejamos de vernos. Eran para mí una fiesta las comidas en casa de amigos comunes, de la misma manera que sus artículos o comentarios de libros en el Suplemento Literario de La Gaceta. Estos últimos sirvieron, más de una vez, para disparar feroces peloteras dominicales en la sección “Polémica”, que todos esperábamos con ansia y alborozo. Para terminar con lo personal, ¿será necesario decir que siempre me sentí enriquecido con su amistad, y que admiré profundamente su inteligencia?

Escribo estas líneas entre relámpagos de imágenes, que vinculan a Ponsati con tanto como ocurrió, en Tucumán y en el país, desde que promediaban los sesenta. Envuelto en la humareda de interminables cigarrillos -y pipas- pasa al galope por mis recuerdos

opinando, discutiendo, jamás tranquilo, pesimista muchas veces pero siempre dispuesto a bregar por un cambio. No sabía merodear cuando entraba en un tema: iba directamente al núcleo. Movía nerviosamente la pierna mientras hablaba, y remataba cada frase con su ¿eh? característico. Era un inolvidable espectáculo de acción.

No hay misterio en por qué Ponsati resultaba querible para todos los que lo conocían. Es que era fundamentalmente un hombre bondadoso y alegre, convencido de que este mundo, a pesar de todo, era un hermoso lugar, lleno de mucha más gente buena que de la otra.

Ese Viernes Santo, sentimos que se nos iba otro pedazo de esa juventud que Ponsati representó de modo tan noble y respetable. No será igual Tucumán sin él. Y no serán iguales en su ambiente la vida cívica y la vida del espíritu, privadas de una de sus más brillantes figuras.

Era un católico auténtico y convencido de su fe. Esa madrugada, en el momento supremo, cuando todas las preocupaciones terrenas se convertían en trivialidad, a Arturo Ponsati debe haberlo consolado plenamente la esperanza de la resurrección.